

MARTA Y MARÍA

Sé que hace un buen tiempo que escribí sobre tal texto.

El relato evangélico nos habla de la realidad de dos mujeres que se dedican a atender a Jesús.

Una de ellas cumpliendo con lo que, según la costumbre de la época, era lo que correspondía a su condición de mujer.

La otra en una actitud más propia de un discípulo que, según la época, de una mujer.

Las mujeres no participaban de muchas actividades que eran propias de los varones.

Jesús, como siempre, no se detiene en esas costumbres propias de una costumbre sino que mira a cada uno conforme su condición de persona.

No mira su sexo ni su condición.

Bastaba fuese una persona para que ello fuese motivo suficiente para reclamar su atención.

No se detiene ante el detalle de ver que, entre sus seguidores, hubiesen muchas mujeres cosa que no era propio de su tiempo.

El relato evangélico narra de dos mujeres que reciben a Jesús en su casa.

Una de ellas se dedica a cumplir con lo que es propio de su condición de mujer (repito: según su época).

La otra se dedica a escuchar a Jesús.

Tarea propia de una mujer que recibía a un personaje en su casa era brindar todo lo que estaba a su alcance para que su estadía fuese lo más comfortable posible.

Atender que la comida fuese abundante y grata.

Atender que pudiese tener a su alcance todo lo que pudiese necesitar y que la casa estuviese lo más galana que pudiese estar.

El relato evangélico no se detiene a marcar lo que tal mujer realizaba ya que cualquiera que leyese el relato sabía lo que ello significaba.

Jesús llegaba con toda su comitiva y, por lo tanto, los apuros de aquella mujer serían muchos y variados.

Dar órdenes, disponer, atender detalles. Las tareas eran muchas y variadas.

Mientras tanto la otra mujer atendía las palabras de Jesús.

Recibía absorta cada una de las palabras de aquel hombre.

Estaba, sin moverse de delante, atenta a cada gesto, cada mirada, cada respuesta.

Todo lo recibía con avidez y fervor.

Sin duda que Jesús no estaba ausente a la presencia de esa mujer que muy cerca de él absorbía y disfrutaba la presencia de tal visita.

Y Jesús no duda.

Llegado el momento de señalar su preferencia por una de las dos atenciones se inclina por la de aquella que le escucha.

Recibir a Jesús no es una cuestión que pasa por lo externo.

Recibir a Jesús es, siempre, en primer lugar, escucharlo.

Recibir a Jesús no es limitarse a detalles exteriores sino a una postura interior.
No se recibe a Jesús cumpliendo con determinados rituales sino con una escucha que motiva una respuesta fiel.
La vida nos hace saber que, aparentemente, existen más Martas que Marías.
Es que atender escuchando implica dejarse transformar interiormente.
Ese cambio interior es siempre una condición indispensable para ser fieles a Jesús.
Es mucho más sencillo limitarse a velas, arreglos florales, incienso, manteles y maestro de ceremonia.
Recibir a Jesús es comprometerse a dignificar al otro.
Es, siempre, hacerlo sentir "persona" sin detenerse a observar si el otro está cumpliendo o no con costumbres meramente circunstanciales.
Jesús, cuando es recibido, siempre dignifica a quien lo recibe.
Dignificarse como persona es "la mejor parte que nunca nos será quitada".
Hemos sido llamados a ser y vivir como personas y romper con todo aquello que nos impide ser tales.
Ritos, costumbres y situaciones nos impiden vivir como personas en muchas oportunidades y resignadamente lo aceptamos.
Jesús nos invita a algo más. A atenderlo apuntando a lo que es verdaderamente esencial.
Siendo y viviendo conforme a nuestro ser persona para disfrutar nuestra condición de tales.

Padre Martin Ponce de Leon